



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 27 de Marzo de 1864.

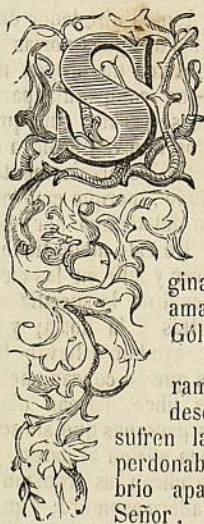
NÚM. 18.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—El Arbol de la Publicidad, por D. Antonio Flores.—Lord Byron, por D. Teodoro Llorente.—Muerte del ministro de la Guerra de Juarez, general Comonfort.—Cañon de vapor.—Un paseo, por D. Narciso Campillo.—Profecía: A mi amigo D. Dámaso Delgado Lopez, (poesia) por D. Luis Fabra y Cervera.—Plegaria, (poesia) por Don Francisco Perez Echevarria.—El ciego de los valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.

Láminas. Muerte del general Comonfort.—Cañon de vapor.—Uno de tantos, (caricatura).

REVISTA DE LA SEMANA.



ablimos misterios son los que el orbe cristiano celebra en estos dias.

Todas las preces que dirige la iglesia conmueven nuestros corazones y el espíritu se estasia en la contemplacion de los divinos oficios; páginas que recuerdan los amargos acontecimientos del Gólgota.

La sangre del justo se derramó sacrilegamente, pero los descendientes de aquel pueblo sufren las consecuencias de su imperdonable ceguedad. Un velo sombrío aparece en los templos del Señor, y la humanidad que lo

forma dirige sus fervorosas plegarias al Dios de los mortales.

Todos hacen en estos dias completa abstraccion de su vida rutinaria. El labrador abandona su trabajo; el artesano cierra su taller, y las calles se ven pobladas de gentes ansiosas de experimentar nuevas sensaciones.

El reposo es grande en estos memorables dias, todo está en suspenso, el constante ruido de las grandes poblaciones cesa y un sordo murmullo se escucha por todos los ámbitos de la tierra.

Las profecías se cumplieron, y con la misma irresistible fuerza llegaron los tiempos en que Jerusalem gozosa recibió á Jesucristo, sembrando el suelo de verde ramaje y el espacio de blancas palmas, que, aquellos en que se ostentaba en el Calvario el Santo Madero, donde yacía exánime el Redentor del mundo, dando á los mortales ejemplos de humildad. El eco de sus últimas palabras resuena en estos dias por el espacio y la humanidad entera recibe la paz del alma. Todo el orbe cristiano ha estado sumido en la devocion, y la piadosa creencia de los fieles se ha reflejado en sus religiosos actos, encaminados á contemplar una vez mas los grandes misterios de nuestra santa y verdadera religion.

Los sagrados recintos se han visto frecuentados, y en sus encumbradas bóvedas han resonado los magestuosos cánticos de los oficios divinos.

¡La Religion! esa hija del cielo y fruto de eterna sabiduría que establece entre los hombres el vínculo del amor paterno, y que está bautizada con la sangre del Cordero, levanta su voz en este momento y nos obliga á repasar con amargura la pasion de Jesucristo.

Como todo en este mundo tiene su inme-

diata compensacion, la vaga y melancólica tristeza que se ve reflejada en los rostros durante los primeros dias de la semana, cambia completamente en el momento en que los ecos de mil campanas anuncian al mundo que las puertas del cielo se han abierto para recibir en su seno al mártir del Gólgota.

El sacrificio ha sido consumado y la humanidad redimida con la sangre del Salvador. Las densas sombras que envolvian al mundo desde el principio se han desvanecido ante la luz de la verdad y el hombre en medio de sus dolores avanza resignado hácia la Jerusalem bendita.

Pero todo es contraste en este mundo: la alegría sucede á la tristeza, el estruendo á la calma, y la habitual costumbre al trabajo vuelve á recobrase. El bullicioso pueblo parece reanimado y como si hubiera salido de un pesado letargo, y corre ansioso á disfrutar de los placeres propios de esta época.

Nuestras hermosas playas se verán estos dias concurridísimas, perfumadas brisas llevarán blandas quejas de amor y todos á excepcion de aquellos á quienes les afligian tristes recuerdos gozarán de las delicias de nuestra esmaltada campiña y de los sencillos placeres que emanan de las diversiones que caracterizan la alegría de los hijos del Cid.

Todo un Dios que penetra con su mirada el vasto recinto del mundo nos proporciona dichas y laureles en la tierra, justo es que el hombre camine con paso firme á buscar la eterna dicha y sepa agradecer los infinitos dones que de él recibe.

GERÓNIMO FLORES.

EL ÁRBOL DE LA PUBLICIDAD (1).

En la plaza núm. 50, que es perfectamente circular y desembocan en ella seis calles, conocidas las de la derecha con los nombres, ó números pares 22, 44 y 66, y las de la izquierda con los impares 33, 55 y 77, hay á todas las horas del día y á las primeras de la noche, gran concurrencia de gentes, de las cuales, unas dan vueltas por los tres paseos concéntricos, que unidos en forma espiral tiene la plaza, y otras, en número escaso, ocupan unos modestos escaños de hierro que hay alrededor del eje del gran círculo. En cuyo centro quiero que sepas, lector, que no hay ni una fuente monumental, ni la estatua ecuestre de un rey cualquiera, ni menos la de un poeta verdinegro, enjaulado como loco, después de haberse immortalizado por muy cuerdo, y mucho menos un cajón de madera para cárcel provisional de vagos y gente perdida.

En el centro de esa plaza se alza magestuoso y gallardo un árbol altísimo, que todos los días amanece desnudo de hoja y que mas tarde se cubre y se despoja de ella, á la vista de los espectadores, con una rapidéz verdaderamente fabulosa y de una manera completamente mágica.

El mecanismo de ese árbol, y el ministerio de su fecundación, es un secreto que pertenece á la gran compañía anónima propietaria del invento, la cual, como no tiene privilegio de invención y explotación, porque esos privilegios se enterraron con las gentes de 1850, procura ocultarlo á los ojos del público. Yo te diré lo que allí se ve, y si tú adivinas lo que no está á la vista me alegraré mucho.

Lo primero que te digo es que el árbol, crece de repente hasta amenazar perderse en las nubes; que ensancha y encoge sus ramas cuanto quiere; que sacude sus hojas cuando le acomoda, y que arroja sus frutos á largas distancias, elevándolos muy por encima de los tejados de la plaza; cuyos edificios, como casi todos los del nuevo Madrid, no pasan de tres pisos, contando el bajo que está dentro de la tierra. Con esto comprenderás que el árbol de la plaza Cincuenta, es mas bien un árbol de pólvora que un árbol vegetal, y que mas bien que dejarte buscar su especie entre las familias botánicas, será preciso decirte que pertenece al mismo género y es de la propia índole que el árbol de la libertad.

Llámanle árbol de la publicidad, porque así como su hermano dá sombra al patriotismo, él la dá al comercio, y los que parecen mas enterados de su historia, dicen que es originario de los antiguos pregoneros de las aldeas y de las ciudades, y que después de haberse arriado á las paredes, para crecer como la yedra, en forma de edictos y de carteles, se dejó ingerir por el periodismo, y ha venido á ser lo que está siendo ahora.

Por su tronco, que es de diez metros de espesor, suben serpeando en forma de enredaderas multitud de rótulos en caracteres de varios tamaños y varios colores; en sus ramas brotan de repente multitud de hojas escritas, que vuelan á millares por el espacio; y globos, de varios tamaños, parten en todas direcciones, arrojando al pasar por diferentes barrios de la población, una verdadera lluvia de prospectos, de tarjetas y de anuncios de todas clases.

Desde el gobierno, que aunque tarde se ha convencido de que la manera de que pase todo es no hacer misterio de nada, hasta el último limpia-botas, que comprende que la pu-

blicidad es el alma del comercio, todos los españoles, contribuyen con sus esfuerzos á sostener la primavera constante del árbol de la publicidad.

El primero, desde su propia oficina, desde el mismo consejo de ministros, y aun desde el banco ministerial del parlamento, sin la enfadosa intervención de los periodistas ministeriales, se comunica con el árbol de la publicidad, para preparar la opinión pública con un rumor, para consultarla un proyecto, ó para dar á conocer un acto oficial. El comercio de rompe y rasga, tiene tambien como el ministro, sus conductores subterráneos, para hacer llegar sus anuncios al gran laboratorio subterráneo de la publicidad, y en cuanto á la gente menuda, á los que no son parroquianos diarios del árbol, en cada uno de los distritos de la corte, á pocos pasos de sus respectivas viviendas, encuentran unos cepillos, como los que antiguamente se usaban para echar los memoriales de los que estaban en pecado mortal, en los cuales se lee el siguiente rótulo:

SUCURSAL NUMERO TANTOS, DIRECTA DEL GRAN ÁRBOL DE LA PUBLICIDAD. *Unico de su clase en el mundo. Seis minutos desde que se echa en este cepillo el anuncio hasta que sale en la forma que se pide al público. Cien mil ejemplares por hora. Un millon de lectores garantido.*

El individuo que tiene necesidad de anunciar á sus semejantes alguna cosa, la escribe en un papel, si no prefiere ir á las estaciones telegráficas del árbol, y con su firma y las señas de su domicilio, la echa al buzón y ya está despachado. Antes de diez minutos y cuando mas descuidado vaya por la calle, le dará en las narices su propio anuncio, impreso y arrojado por alguno de los infinitos globos mensajeros que cruzan la población, riéndose, como el artero gorrion se rie de la liga que le ponen los muchachos, de los propietarios de casas que aun escriben en las esquinas de éstas: *se prohíbe fijar carteles*. Si no quiere dar su nombre, y sabe el valor del anuncio, le acompaña á éste; pero la costumbre es firmar y no pagar nada al contado, porque á todos los que anuncian se les abre su cuenta corriente, y esto es mas desembarazado para la contabilidad de la compañía.

Las oficinas de ésta son todas subterráneas, como habrá comprendido el lector, y en el centro de ellas funciona la gran máquina, cuyo ingenioso mecanismo no es conocido del público, á pesar de ser el mismo público el que le dá movimiento; porque ni para la gran rotación del árbol, ni para la ascension de los anuncios, por la corteza, ni para el brote de las ojas y la expulsión de los globos, para nada de esto interviene el vapor ni el agua, ni el aire, ni ninguno de los agentes mecánicos conocidos hasta el día. El árbol de la publicidad, y aun segun sospechan algunas gentes, todas sus oficinas auxiliares, tiene por único motor la sangre; y no la sangre animal irracional, como sucedia en tiempo de las norias y de las tahonas, sino la racional, la de la especie humana.

El pavimento de la plaza Cincuenta, no es de adoquines como el de la plaza Mayor, ni de asfalto, como el de la Puerta del Sol, sino de una substancia de aspecto metálico (secreto tambien de la compañía) tan elástica, que apenas se pone el pié en ella, cuando se produce una vibración latente en toda la plaza. Pues, ahora bien, si un pié desarrolla una elasticidad tan sensible, y una vibración tan notable, fácil es conocer lo que aumentará esa elasticidad y esa vibración cuando se impongan sobre el pavimento los cuatro mil piés, de las dos mil personas que caben en la plaza. Y si á esto se añade que esos piés están en continuo ejercicio, y que de este modo la elasticidad es constante y las vibraciones permanentes, se comprenderá la gran fuerza motriz que aprovecha la Compañía anónima de la Publicidad.

Es tanta, que en algunos momentos tienen que declarar inactivo la mitad del pavimento, porque de otro modo saldrian los anuncios con tal rapidéz, que resultarían invisibles aun á los ojos mas experimentados. En fin, baste decir, que segun ha demostrado recientemente un sábio matemático, si se reuniera en un punto dado toda la fuerza elástica que se pierde en un día de sol en los paseos de Madrid (día festivo se entiende) y esa fuerza se pudiera aplicar á una gran machina, se podría arrancar de cimientos y suspenderle en el aire, aunque fuera por pocos segundos, el monasterio del Escorial.

Indudablemente que el siglo XX ha de tener razon para renegar de los que le han precedido. ¡Cuidado que la humanidad necesita haber estado ciega para no haber visto el caudal que tenia debajo de sus propias plantas! Y lo mas curioso del caso es que el primer motor de sangre que conoció el hombre, fueron las plantas de los piés. El origen de los amoladores y el de los fuelles de los órganos y de las fraguas, se pierden en la noche de los tiempos; y no tenían otro motor que el que hoy ha sabido aplicar en gran escala la Compañía anónima de la Publicidad.

Pero bien mirado no merecen ser increpadas las generaciones antiguas, puesto que hoy mismo, que tan adelantadas están las gentes, es aun un secreto de la propiedad de la Compañía esa locomoción.

Y hé aquí, lector, (y perdóname este paréntesis retrógado y esta exclamación realista que se me escapa de los lábios), una de las ventajas del despotismo sobre la libertad. Si ahora tuviéramos principio de autoridad, y tribunal de la Inquisición y calabozos y tormentos, meteríamos en uno de éstos al director gerente de la Compañía, y allí le estaríamos estirando los huesos, hasta que nos dijera de qué materia está hecho el pavimento de la plaza; por qué razon es tan sensible que parece una rama en la pila de Volta, y cómo hacen para que esas vibraciones converjan todas en un punto y muevan la máquina, con una fuerza que se calcula en mil trescientos cincuenta caballos. Pero como no estamos en ese caso; como hoy el Estado es un cero á la izquierda, y el cuerpo social es acéfalo, nos vemos obligados á ver indiferentes esa gran fuerza motriz que se pierde en las calles, en las plazas y en los paseos públicos. Cuando si todo el pavimento fuera elástico, todos los transeúntes serían industriales, ó por lo menos, causa ocasionalmente directa del movimiento de la industria, como les sucede á los que pasean en la Plaza de la Publicidad.

Y estos paseantes, restos del antiguo certero parroquiano de la Puerta del Sol, no están en la plaza de la Publicidad *gratis et amore*, sino que reciben un sueldo diario, mayor ó menor, segun han dado mas ó menos pisadas. Cosa prodigiosa, sorprendente, y que francamente parece inverosímil, pero que sin embargo es muy cierta: en ese paseo, que en espiral infinita hacen las gentes alrededor del árbol, no hay como en las antiguas norias y en las tahonas, un mayoral con un látigo, ni menos lleva cada sugeto una campanilla para que el dueño sepa cuándo se paran, sino que la misma máquina que ellos mueven le lleva á cada uno una cuenta exacta, no precisamente de las pisadas que ha dado, porque esto no ha sido aun posible, sino del tiempo por minutos que ha trabajado. De este modo tienen libertad absoluta para entrar y salir en los círculos cuando quieren, lo cual no le sucedia al pobre mulo que daba vueltas á la noria; y á mayor abundamiento les ayudan á llevar la carga otras muchas gentes que no cobran sueldo. Como la entrada es libre, pasean diariamente por allí infinitas personas que sin ser holgazanes de oficio, tienen afición al paseo, y hay muchos forasteros que miran las transmuciones del árbol con verdadero asombro, y que

(1) Competentemente autorizados por su autor, trasladamos á nuestras columnas dos cuadros de la bella obra que con el título de *Ayer, hoy y mañana* está publicando el distinguido escritor D. Antonio Flores. En *El árbol de la publicidad* pinta el autor la sociedad que ha de venir, y continuación de éste es el siguiente cuadro que verá la luz en uno de los números inmediatos.

ignorando que ellos son los que mueven la máquina, darian dinero si se lo exigieran por disfrutar aquel espectáculo.

Pero allí los únicos que pagan son los que se sientan para que no los tengan por agentes de la industria, y para poder leer con comodidad los anuncios, como antes los leían en el *Diario de Avisos*, al amor del chocolate. Estos son los que pueden recostarse y hablar, y poner una pierna sobre la otra, y lo que es mas aun, pueden fumar, cosa que les está enteramente prohibida á los otros. Y no porque el pavimento sea combustible, como sospecharon al principio algunos industriales, sino porque fumando se va la fuerza por la boca, en lugar de bajarse á los piés, que es donde la necesita la empresa de la Publicidad.

Conque dime, por tu vida, lector de mi alma, ¿no es verdad que ha sido un gran pensamiento el aprovechar la fuerza que se perdía en la Puerta del Sol, para aplicarla á la industria? ¡Y á qué industria! A la madre de todas! á la Publicidad.

El catalán, (porque un catalán que ha estado muchos años en Londres ha sido el autor del pensamiento) que se acercó al primer grupo de ociosos y les propuso el negocio, fué un gran genio.

Cuando este nuevo motor, que el hombre ha puesto en práctica, pueda generalizarse, quedarán arrinconadas la mayor parte de las máquinas de vapor, y se dará trabajo á una porción de gentes que hoy deja cesantes la industria.

¡Pero qué no se habria hecho con este sistema en aquellos tiempos en que habia un millon de hombres armados, que no tenian otra cosa que hacer, sino ir y venir por las calles ó por las plazas, con el fusil al hombro!

Para que tenga el lector una idea de lo que se hace con un puñado de hombres en el árbol de la Publicidad, le ruego que pase la vista por el siguiente cuadro.

(Se continuará.)

ANTONIO FLORES.

LORD BYRON.

V.

La aureola que iluminaba la frente de nuestro poeta en las playas helénicas, era la última llamarada de su antorcha. La muerte sorprendió á lord Byron al principio de su obra mas gloriosa: el lecho do le postró la fiebre en Missolonghi, encierra tanta poesía como todos sus versos juntos. Funerales dignos del moderno cruzado fueron las lágrimas de todo un pueblo: una *orden del dia* anunció su muerte á la Grecia como una desgracia nacional. La sombra purificada del grande hombre se levantó á los ojos de Europa, sobre el restaurado Partenon, enlazados en sus sienes el laurel del genio y la palma del sacrificio; y el mundo la admiró, no como una nueva figura divinizada en el universal parnaso, sino como el ideal del poeta moderno.

Y el grande Goethe, que desde las cumbres luminosas de la poesía de la inteligencia, podia medir el genio de su digno hermano, el rey de la poesía del sentimiento, Goethe, que era la conciencia de la moderna poesía, como Byron era su intuición, se apoderó de la típica existencia del bardo británico, y lo convirtió en mito del genio de nuestro siglo. En la misteriosa trilogía del vate filósofo la fábula de Euforion idealiza la vida y el carácter de lord Byron. Hijo de Fausto, el genio romántico, y de Elena, la hermosura clásica, Euforion es la nueva poesía, do se condensan los dos mundos de la literatura.

Con ninguna página mas brillante pudiéramos cerrar el elogio de nuestro poeta, que con la que vamos á arrancar á la tragedia alemana, tan poco conocida entre nosotros,

EPISODIO DE EUFORION (1).

«Helena, Fausto, Euforion.

Euforion. Oid mis cantos infantiles; ellos son vuestras delicias. Mirad mis alegres saltos; vuestro corazón se estremece con ellos.

Helena. El amor, para la dicha terrestre, necesita unir dos corazones; para la felicidad divina, necesita tres.

Fausto. Todo está consumado. Eres mía; soy tuyo. Esto es lo que nos une: ¡no podia menos de ser así!

El coro de cautivas troyanas. Las dichas de muchos siglos, bajo la forma de este niño, se reunen en esa pareja dichosa. ¡Cuán grata es su unión!

Euforion. ¡Dejad que salte, dejad que corra! Volar á todos los vientos, remontarme mas y mas: ese es el deseo que ya me desazona.

Fausto. ¡Prudencia, prudencia! No te precipite la temeridad en el peligro, y nos arroje á nosotros al abismo del dolor, hijo adorado.

Euforion. No quiero arrastrarme por la tierra. Soltad mis manos, soltad mis rizos, soltad mis vestiduras. Todo esto es mío.

Helena. Piensa, piensa de quién tú eres. Piensa en nuestra angustia, piensa que destruye mi dicha, la suya, la tuya.

Coro. Pronto, lo temo, va á romperse la unión.

Helena y Fausto. Contén, contén, por el amor de tus padres, ese arrebatado sobrenatural. Alegra pacíficamente la campiña.

Euforion. Solo porque lo deseais, me contengo.

(Se introduce en el coro de las cautivas y las induce á la danza.)

Alegres doncellas, complacido vengo á vosotras. ¿Os gusta esta melodía? ¿Os gusta este compás?

Helena. Haces bien: conduce á las bellas en los giros del baile.

Fausto. Temo el desenlace. No me gustan esos juegos.

Euforion y el coro. (Bailando y cantando.) Cuando agitas muellemente ambos brazos; cuando flota brillante tu suelta cabellera, cuando tu pié tan ligero sobre la tierra vuela, cuando los miembros se enlazan á los miembros, has conseguido tu objeto, amable mancebo, y por tí palpitan todos nuestros corazones.

(Pausa.)

Euforion. Sois ciervas de pié ligero; agitémonos en nuevos juegos: soy el cazador y vosotras la caza.

El coro. Si quieres cazarnos, no te esfuerces mucho. No deseamos en el fondo otra cosa que abrazarte, hermoso jóven.

Euforion. No, corred por los bosques y los riscos. No me satisface lo que fácilmente se consigue: solo lo que se conquista penosamente me apetece.

Helena y Fausto. ¡Qué soberbia! ¡Qué locura! No hay que esperar prudencia en él. Parece que el cuerno del cazador suene en el valle y en el bosque. ¡Qué desorden! ¡Qué alboroto!

El coro. A todas nos ha alcanzado, y burlándose de nosotras, arrastra á este sitio la mas esquivo de todas.

Euforion. (Arrastrando tras sí á una jóven.) Aquí traigo á esta linda rebelde para satisfacer mis deseos. Mi delicia y mi placer es estrechar su seno resistente. Beso sus labios desdeñosos: así lo quiero, así lo puedo.

La doncella. ¡Déjame! ¡Mi debilidad encierra un ánimo poderoso: mi voluntad tiene

(1) Véase la *Segunda parte del Fausto*, acto tercero. Euforion en la mitología griega era un bello mancebo que habia nacido con alas. Júpiter se enamoró de él, pero como huía siempre de sus brazos, lo mató con un rayo, en la isla de Melos, una de las Cícladas. Las ninfas que lo sequestraron, fueron transformadas en ranas.

tanto valor como la tuya, y no se la humilla fácilmente. ¿Crees que estoy toda bajo tu poder? ¡Confías demasiado en el vigor de tus brazos! Estréchame sobre tu corazón, y yo te abraso, y gozaré en enloquecerte.

(Se inflama y desaparece en los aires.)

Sígueme en el éter trasparente; búscame en las oscuras grutas; persigue la caza que ha huido.

Euforion. Entre duras rocas solo veo áridos matorrales. No me basta este estrecho espacio, á mí que soy jóven y osado. Allá silvan los vientos; allá braman las olas: olas y vientos quiero buscar.

(Trepa por los peñascos.)

Helena, Fausto y coro. ¿Quieres igualar á las gamuzas? Nos espanta el peligro que desafía.

Euforion. Mas y mas quiero subir. Mas ancho campo quiero dominar. Ya sé dónde estoy. En medio de la isla, en medio del país de Pélope (1), hijo del mar y de la tierra.

El coro. ¿No puedes detenerte tranquilo en el monte ó en la selva? Busquemos los frescos pámpanos, los pámpanos de las colinas, los dulces higos y las manzanas de oro. Sé amable en este amable país.

Euforion. ¿Soñais en los goces de la paz? Sueñe en ellos quien pueda. Guerra es el grito del dia: ¡guerra y victoria!

El coro. Quien en la paz desea otra vez la guerra, renuncia á la esperanza.

Euforion. Héroes engendró este suelo que de un peligro volaban á otro peligro, de ánimo audaz é incontrastable, generosos de su propia sangre, cuyos sentidos jamás se emborataron. ¡Bendigan ellos á los combatientes de hoy!

El coro. ¡Mirad cómo sube, sin que la distancia nos le haga parecer mas pequeño, cubierto de armas, dispuesto á la victoria, resplandeciente de bronce y acero!

Euforion. ¿Para qué las murallas? ¿Para qué los rios? Al hombre le basta su conciencia: fortaleza inespugnable es el pecho de bronce del mortal.

¿Queréis ser siempre libres? Armaos á la ligera y corred al campo. Cada muger es una amazona; cada niño es un héroe.

El coro. Santa poesía, sube al cielo. Fulgura, hermosa estrella, cada vez mas lejos: por mucho que te levantes, tu dulce luz llega á nosotros y nos ilumina.

Euforion. No, no es un niño este á quien veis: el mancebo aparece armado, viene con los fuertes, los libres y los audaces, viene resuelto y animoso. ¡Adelante! ¡adelante! Se abre á mis ojos el campo de la gloria.

Helena y Fausto. Apenas venido al mundo, apenas nacido á la luz serena, ¿te arrojas al torbellino de un peligroso abismo? ¿No valemos nada para tí? ¿Es un sueño el lazo que á nosotros te une?

Euforion. ¿Oís tronar sobre los mares? De valle en valle truena tambien el eco. Entre las nubes de polvo, y las olas irritadas, los escuadrones chocan con los escuadrones. ¡Horrores y tormentos! «Muerte» es el clamor general. ¡Todo está comprendido!

Helena, Fausto y el coro. ¡Qué horror! ¡Qué duelo! ¡Es la muerte tu afán?

Euforion. ¿Desde lejos lo he de ver? No, compartiré sus peligros.

Helena, Fausto y el coro. ¡Insensato orgullo! ¡Destino fatal!

Euforion. Siento brotar las alas. ¡Allá, mas allá! ¡Vuelo, vuelo! Dejadme remontar.

(Lánzase al espacio; sus vestiduras le sostienen un instante. Una aureola rodea su frente, y deja tras sí un rastro de luz.)

Coro. Icaro, Icaro, basta de duelos.

(Un bello mancebo cae muerto á los piés de Helena y Fausto. Sus facciones son conoci-

(1) El antiguo Peloponeso, hoy península de Morea, en la que murió lord Byron.



MÉJICO:— MUERTE DEL GENERAL COMONFORT.

das, pero se desvanece su cuerpo, la aureola se remonta al cielo como un cometa, y se quedan en el suelo la túnica, el manto y la lira.)

Helena y Fausto. Al júbilo sucedió horrible pesar.

Euforion. (Voz que sale de bajo del suelo.) ¡En el oscuro reino, no me dejes solo, madre!

(Pausa.)

Coro. Solo no estarás, doquiera que vayas, pues hemos reconocido tu voz. Aunque te ocultes á la luz del día, ningún corazón se separará de tí. No sabremos compadecerte, y celebraremos envidiosos tu destino; en los días serenos y en los días borrascosos, grandes y bellos fueron tus cantos y tus sentimientos.

Nacido para las mundanas dichas, de ilustres antepasados, de ánimo poderoso, has muerto ¡infeliz! en el vigor de la juventud florida. ¡Mirada profunda para penetrar el mundo, simpatía para todos los dolores del alma, delirio de las mas sensibles mugeres, eso tenías tú, y una lira incomparable!

¡Pero insensato! te precipitaste en la fatal red. Rompiste violento con la sociedad y con los hombres. Y cuando tu elevado instinto guió á mas noble fin tu valor, y quisiste alcanzar la suprema gloria, no pudiste ya alcanzarla.

¿Quién la adquiere? Funesta pregunta, á la cual nada contesta el destino cuando en días de prueba callan los pueblos ensangrentados. Pero, entonad nuevos cantares, levanta las frentes abatidas: del suelo brotarán otros, como en todos tiempos brotaron.

(Pausa general. Cesa la música fúnebre.)

Helena. Antiguo adagio anuncia lo que me sucede: la felicidad y la hermosura no pueden marchar juntas. Roto está el lazo de la vida y del amor. Ambos los lloro y de ambos me despido, cayendo otra vez en tus brazos. (A Fausto.) Perséfone, á tí vuelvo, con su hijo, la madre.

(«Abraza á Fausto; desaparece su cuerpo, y quedan en brazos de aquel el vestido y los velos.»)

TEODORO LLORENTE.

MUERTE

del ministro de la Guerra de Juarez,
general Comonfort.

Este antiguo presidente de la república, que ha sido uno de los aliados mas fieles de Juarez, fue muerto á principio de año en una emboscada por los hermanos Troncoso, que destruyeron tambien la escolta de caballería que le acompañaba, y segun se colije de los datos adquiridos, parece haber disidencia entre los gefes mejicanos, pues la salida de Comonfort de San Luis de Potosí, tuvo todo el aspecto de rompimiento con Juarez. Habiendo ocupado la diligencia núm. 118 con sus ayudantes, en San Miguel tomaron un coche particular que escoltaban 80 hombres; pero á la salida de Celaya, rodearon el carruaje 200 que se hallaban emboscados entre los molinos de Sarabia y Chamajero, y á la primera descarga cayó muerto Comonfort.

CAÑÓN DE VAPOR.

La guerra de los Estados-Unidos ha dado lugar á un nuevo ingenio bélico, cuyo dibujo acompañamos por creerlo de interés para nuestros lectores.

Este cañón de vapor puede lanzar de 100 á 150 proyectiles en un minuto. Es una culbrina montada en un pequeño carro de cuatro ruedas. La máquina de vapor hace funcionar al cañón y marchar el carro. Todo el aparato está dirigido por una sola persona bajo la proteccion de un casco de hierro dispuesto horizontalmente y que dá paso á un cañón que puede apuntarse á derecha é izquierda, segun convenga. El inventor, M. Dickinson, se ha encargado de construir bajo este modelo, un cañón susceptible de lanzar proyectiles de 24 libras.

La pieza cuya descripcion acabamos de hacer, cayó en manos del coronel Jones, gefe de los voluntarios de Massachusetts, que des-

de Baltimore se dirigia al campamento de las tropas del Sur en Harspers-Ferri, y luego sirvió para la defensa del puente de union del viaducto de Washington con el ferrocarril de Baltimore.

UN PASEO.

Tengo yo un amigo... ¡qué amigo! inseparable como la sombra del cuerpo, hablador como las Córtes, y tan ingenioso y activo para servir al prógimo como lo es el sistema tributario. Por ninguna de estas cualidades, aunque muy buenas todas ellas, lo recordaba uno de los pasados y nebulosos días de Enero. Lo recordaba, sí, por su extraordinaria propension á curandero, y curandero moral; llámenle otros, si quieren, filósofo espiritista. Habiale oído decir muchas veces que contra cada vicio hay una virtud.

Contra ira, horchata.

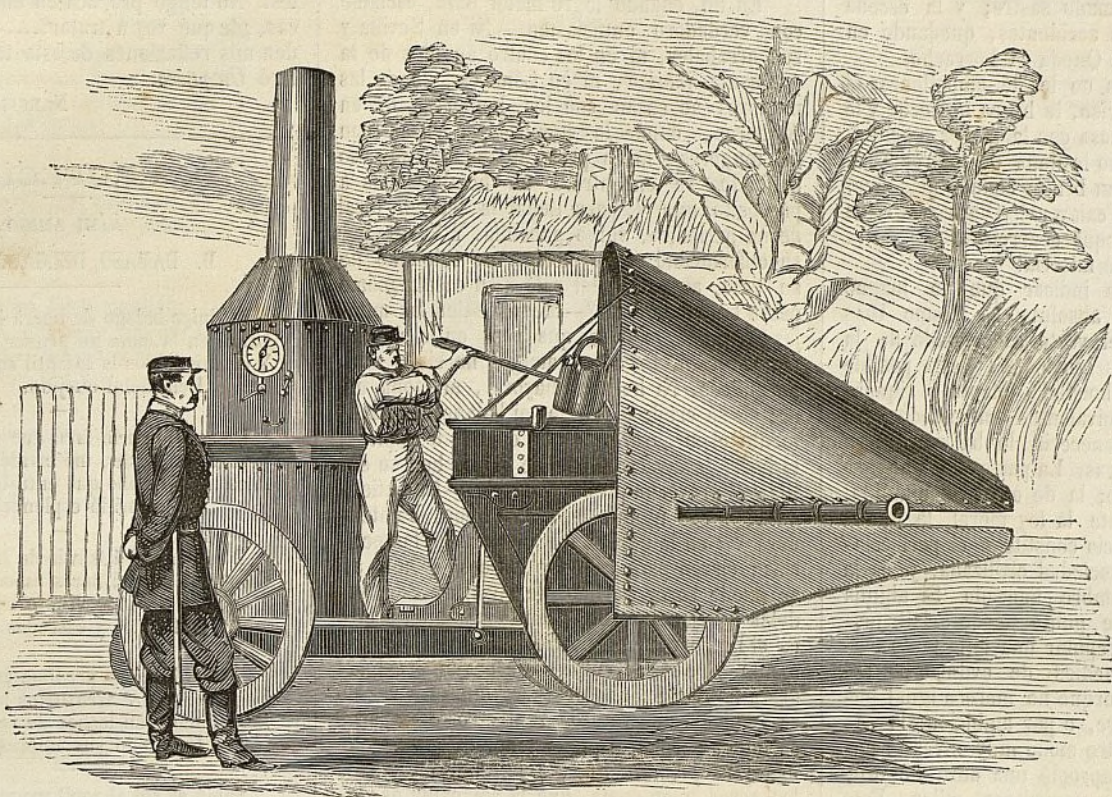
Contra lujuria, una vieja.

Contra pereza, una estaca.

Contra gula, cesantía.

Contra soberbia, pobreza, etc.

Y así ensartaba una larga letanía en la que estaban comprendidos y contrariados cien vicios, defectos y debilidades de la pobre raza humana. Repitiendo yo tamaño relacion, no encontraba una sola receta para curar ó mitigar el fastidio que entonces me dominaba. ¿Qué hacer? Ya habian pasado las Pascuas: además las Pascuas no me alegran; ni encuentro diversion en comer, porque, á Dios gracias, lo hago todos los días, ni soy alumno de Baco, ni me gusta la zambomba. ¿Ir al teatro? ¡Pero si la funcion es una zarzuela que ya se ha estrenado aquí veinte y tantas veces! ¿Quedarme en casa y distraerme con la lectura? Tampoco; he tenido la necedad de leer y releer mis libros, y ya los sé casi de memoria. Mirar solo en sus portadas sus títulos, nombres de sus autores, y los años y oficinas en que se imprimieron, para luego citarlos á voces en el café, hubiera sido lo derecho y lo



CAÑON SERVIDO POR EL VAPOR, INVENTADO EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

que la moda requiere. De pronto vi cerradas todas las puertas como quien dice. Pues, señor, pecho al agua: sin rumbo fijo saldré por esas calles, y quizá me fastidie menos dando un paseo. Dicho y hecho: me calé el hongo y cerré la cancela.

Héme, querido lector, en la calle: y hé aquí también que apenas pasadas dos esquinas, veo á lo lejos á una pareja que se adelantaba hácia mí; pareja que al pronto me pareció un matrimonio, y después me hizo recordar la siguiente copla:

Pegado á tu ventana
vi un bulto negro;
me creí que era un hombre,
y era un gallego.

En efecto, un gallego sirviente, y no un marido, era quien acompañaba á mi antigua y ex-bella conocida la señorita Doña Perpétua Repulgos Casacaquero, *matura virgo*, como dice Horacio, y doncella por castigo, ó solterona, como decimos los que no somos latinos ni andamos husmeando á ver si los susodichos están ó no maduros.

Al acercarnos se entabló este gracioso diálogo:

—A los piés de V., Fulanita. ¿Cómo sigue V.?
—Yo, bien, gracias: ¿Y Vd.?
—Gracias, perfectamente: ¿y la familia?
—Sin novedad, gracias: ¿y por allá?
—Todos buenos, gracias, para servirla.
—Muchas gracias: y...

Y yo, á pesar de que la gracia no es mi fuerte, la hice un gracioso saludo, tan profundo como una zalema oriental, y proseguí, sin saber á dónde, mi descaminado camino, rezando entre dientes:

—A los cuarenta años la acompaña el gallego: no sabrá la pobrecita su casa, y temerán que se pierda. ¡Qué sencillez!

Sabe su casa y la agena; pero si la ven sola, formarán de ella mal concepto.

¡Qué reputación tan sólida! Para no tropezar necesita de testigos.

Y es indispensable que el tal testigo sea gallego, y criado; porque hay mucha diferencia entre decir «vi á Fulanita con un hombre»

¡¡¡horror!!! y «vi á Fulanita con un gallego.» No parece sino que éste es un mastín ú otro animal doméstico. Esto me recuerda las palabras de aquella emperatriz romana entrando desnuda en el baño á vista de sus esclavos: «los siervos no son hombres.» Augusta señora, ¿pues qué son? ¿Borriscos?

Pero la misma Doña Perpétua.

Que dice que está en la infancia

Y huele á manteca rancia,

si tuviera veinte años menos, y una hermosa ra peregrina, con tal de que fuese casada, podría salir y entrar sola sin temor de la maledicencia. Una bella casada de veinte años está mas asegurada de incendios que una fea solterona de cuarenta. Esta, dueña de su libertad y su conducta, necesita guardianes. Aquella, que las debe á otro, no los necesita aunque por su juventud y atractivos le fuera conveniente y decoroso tenerlos. ¡Qué ridículo!

Pensando estas cosas, y al mismo tiempo dejando atrás muchas calles, entré por la de Génova en la Plaza Nueva.

Hay sitios de historia, y este es uno de ellos: primero fue no sé qué cosa, porque allá no alcanza la memoria: después fue convento de franciscanos. Estinguidos aquel y éstos, fue circo ecuestre: mas tarde, hermosa huerta; y por último se trasformó en una de las mejores plazas de España, con edificios para albergar á todo un pueblo.

¿Sabeis qué representa este sitio con sus continuas variaciones? Nada menos que la historia del género humano; y no la historia orgánica y material de Mr. Virey, á quien Dios perdona, sino la social y política, en todos sus pasos progresivos. Veamos.

Como he dicho, no se sabe qué fue primeramente la Plaza Nueva. Esta es la edad fabulosa, ante-histórica de los pueblos, donde solo se presentan dudas y confusiones.

Después se hizo convento, donde el ascetismo vivía sobre el país. La tradición recuerda cuán gordos y hermosos andaban los benditos padres franciscanos. Aquí predomina el elemento teocrático. Siempre dominó en las

primeras sociedades. En ellas la religión tenía sus iniciados, y los demás hombres eran profanos: sus derechos estaban reducidos á tres cosas: obedecer, callar y pagar. De los iniciados salían los ministros del culto; séres felices que habian realizado el cuento de Juan Palomo: «yo me lo guiso y yo me lo como.»

El circo ecuestre representa el espíritu guerrero que se despierta en los pueblos en su primera juventud; parece que las naciones no se contentan con verse fuertes, si no hacen de esta misma fuerza un costoso alarde. Y lo peor es que el nublado cae sobre el vecino.

La huerta recuerda el estado agrícola, precursor de la civilización. Por mas que digan, esta señora no gusta de cabalgar en sangrientos corceles de batalla; ve con mas satisfacción las polvorosas yeguas trillando el grano en las campiñas.

Finalmente, la Plaza Nueva, tal como hoy la vemos cercada de hermosos edificios, adornada con establecimientos donde el comercio y la industria despliegan su riqueza, embellecida con árboles siempre verdes, amena y risueña, parece reflejar la actividad y la vida de una época de adelanto, de verdadero progreso; mas progreso iniciado, que aun pasa por la prueba de la lucha y el crisol de la experiencia.

Pero ¿qué es esto? Allí un hombre se tambalea, y viendo que apenas puede dar un paso, otro le ayuda á puntapiés y empujones. La tal *ayuda* representa en pequeño el *socorro* que «en grande escala» como hoy dicen, se prestan las naciones. El hombre que va adelante es un borracho, un sér inmoral, un ente despreciable, y el ayudador es un guardia urbano que le lleva preso. Y debe hacerlo así, no por borracho; sino porque siendo un pobreton, un pelele, un *quidam* que no tiene un cuarto, es en demasía aficionado al zumo de las viñas.

Suponed por un momento que el discípulo de Baco no es el tío Fulano, sino el Sr. Don Fulano: que no se ha embriagado con plebeyo vino de á diez cuartos, sino con aristocrático Champaña de á sesenta reales botella: que en

vez de llevar una mugrienta chaqueta comprada en algun baratillo, viste un magnifico gaban, obra de afamado sastre; y la escena se transforma en sus accidentes, quedando en su fondo lo mismo. Queda el borracho.

Pero el guardia no le dá empellones; al contrario, si es preciso, le busca un coche y le acompaña hasta su casa con la mayor solicitud.

Pero la gente no le llena de improperios, ni le mira como á un bruto; cuando más dice: —¡Qué raro! ¡qué calavera! ¡Qué cosas tiene el Sr. D. Fulano! ¡qué ocurrencia!

Y yo digo: —¡Qué miseria!

Lo cual no es indicar que yo juzgue buena la igualdad absoluta. El mismo Dios no ha creado en el vasto espectáculo de la naturaleza dos cosas iguales. Si fuera posible una reparticion de bondad, talento y riqueza hecha en lotes equivalentes entre todos los hombres, no permanecería la balanza en su fiel veinticuatro horas. La parte de unos se hubiera acrecentado; la de otros disminuido. Pero la igualdad ante la ley moral, la igualdad de horror al vicio constituye el perfeccionamiento de una sociedad civilizada, y es la que desea todo hombre honrado. Si alguna desigualdad en este punto puede existir justamente, es la de reputar una falta tanto mayor, cuantos mas medios de evitarla ha tenido el culpable. Porque no merece igual pena robar por hambre, ó por ambicion: la sociedad lo mira de otro modo muy diverso: encarcela al que se apropió una onza de oro; respeta al que supo apropiarse miles. Esto último lo espresa así un excelente escritor contemporáneo.

En tiempo de las bárbaras naciones,

Colgaban de una cruz á los ladrones;

Pero ahora en el siglo de las luces,

A los ladrones se les cuelgan cruces.

La sociedad lleva mas allá su justicia y su buen criterio.

¿Pelean dos vendedores á navajazos? Los periódicos claman porque se castigue el delito y se prohiban las navajas.—Bien dicho.

¿Pelean dos caballeros con agudos estoques, mas asesinos aun que las navajas? Los periódicos, que siempre debieran ser lenguas de la verdad y defensores de la razon, dicen que ha sido un *lance de honor*. Aunque moralmente no es muy clara la frase, la gramática enseña que la preposicion *de* indica propiedad ó pertenencia; luego el tal lance dá honor, lustre, decoro, ó es propio y exclusivo de las personas que lo tienen. De cualquier modo que se interprete, la religion, las buenas costumbres y el recto juicio salen bien librados.

Sin alejarme de la Plaza Nueva, entré en el café que lleva el mismo nombre. Multitud de parroquianos cercaba todas las mesas, formando con sus conversaciones el confuso rumor de cien enjambres de abejas. El humo de los cigarros condensaba y oscurecia la atmósfera hasta el punto de no distinguirse casi los rostros de los que se hallaban en último término. De este último término se alzó una voz chillona llamándome. Era un amigo de estos cuyo nombre ni apellido recordamos. Díjome: —¿Se ha hundido V. bajo la tierra? Hace mucho tiempo que no se le ve por el mundo.

Efectivamente, hacia tiempo que no frecuentaba el café, que para este individuo debe ser el mundo. Algo chico es; pero cada cual tiene el derecho de forjárselo á medida de su capricho.

En seguida, y sin darme lugar de responderle, hizome sentar á su lado y empezó á charlar con una volubilidad pasmosa. que me trajo á la memoria al capitán D. Martin Campana y Centellas, tan bien retratado por el Sr. Breton de los Herreros en su *Marcela*. Funciones de teatro, circo ecuestre, robos nocturnos, chismografía particular, todo pasó allí revista: todo lo sabia aquel hombre y todo parecia haberlo presenciado, segun daba pelos y señales de todo. ¡Qué verbosidad! Si escu-

pia, dejaba pendiente la y en señal de que no habia concluido, para que no le interrumpiese.

En fin, cuando logré meter baza, exclamé con verdadero entusiasmo: —Ni en Sevilla y sus arrabales, ni en los cuatro ángulos de la península ibérica, ni en Lóndres, donde las mugeres se casan con los hombres, ni en Amberes, donde los hombres se casan con las mugeres, ni en parte alguna del universo habitado, se encontrará un hombre mas á propósito que V. para llenar la seccion local de un periódico, vulgo gacetilla. Y V. que por su enfermedad en la pierna, no sale sino de su casa al café y del café á su casa, ¿cómo pesca tantas noticias?—Menos salen las monjas, y saben todo lo que pasa en la ciudad, me contestó. Pero ¡ay amigo! no sirvo para gacetillero. Ni he sido mayoral, ni monaguillo; no sé cruzar el látigo, ni balancear suavemente el incensario; y aun cuando lo supiera, lo haria de diverso modo de lo que hoy se estila y el provecho propio aconseja.—No entiendo bien eso último, le dije.—Ahora lo entenderá V.: en la gacetilla lo menos son las noticias: sirven para rellenar huecos, y aun así se puede sacar partido de ellas, presentándolas de cierto modo; pero lo mas interesante es el látigo y el incensario manejados diestramente. ¿Olvidó el empresario enviar localidades á la redaccion? Pues para que otra vez no se lo olvide allá va eso. Y al otro día aparece en el periódico que el tenor estuvo desafinado; la *prima donna*, fria; mal ensayados los coros, y en suma, que la compañía es detestable. Verdad que quien tal afirma puede no entender una nota de música, pero tampoco entiende de literatura; y si una persona de las llamadas *pájaros gordos* tiene la feliz ocurrencia de zureir y publicar un libro, aunque la tal obra merezca una condecoracion como una albarda.... ¡qué estilo, qué profundidad, qué primores descubre en ella el gacetillero! Trasportado de júbilo, poco le falta para pedir una corona de oro con que adornar las sienes del *influyente* y *arraigado* autor. Pero en cambio, otro autor que no es influyente, ni cuenta mas bienes raices que sus barbas y sus pelos, aun cuando haya perdido la mitad de éstos en el estudio, y sea de talento claro, si tiene la desgracia de no simpatizar con el localista, sentirá irremisiblemente crujir el látigo. Nada importa que su obra sea de poesia, de pintura, escultura, medicina, matemáticas, economia política, etc.; el gacetillero es un Quintana, un Murillo, un Montañés, un Hipócrates, un Pascal y un Federico Bastiat, todo junto y amalgamado en un gacetillero, que todo lo sabe, y dá sobre todo su fallo sin que nadie se lo pida. Con esta audacia que no sé si llamar desvergüenza, con escribir *hemos visto, nos han referido*, dándose tratamiento de *nos* como si fueran arzobispos ó reyes, siendo los jornaleros de la literatura: con ajustarse á la regla de «viva quien vence,» y sufrir alguno que otro ataque de mano airada, el gacetillero espera, y á veces no espera en vano, colocarse en puestos debidos al verdadero mérito, sin tener otros que los de Nuestro Señor Jesucristo; y además....

—Basta, amigo, le interrumpí, basta: ¿qué podrá V. añadir á lo que ya ha dicho? No todos los gacetilleros son así; ni faltan algunos que tengan la verdad por norma y que sean ilustrados.

—Tampoco hablaba de todos; solamente de aquellos que son dignos de censura. Y variando de especie. ¿En que se ocupa V. ahora?

—¡Ay amigo! le dije: en ponerme la capa, como usted ve, para marcharme, pues tengo esta noche que escribir un artículo.

Y despidiéndome de él, volví á casa pensando qué tema escogeria para mi objeto. ¿Trataria de ciencias? Soy poco científico, y nada nuevo podria decir: por otra parte, ¿quién lo leeria? ¿De literatura? Hemos llegado á la época feliz en que los niños de la escuela son

capaces de componer dramas con multitud de cuadros, y todo el mundo es maestro. ¿De artes? No tengo práctica en ellas. Pues entonces, ¿de qué voy á tratar?...—Pondré en orden mis reflexiones de esta tarde, y las titularé *Un paseo*.

NARCISO CAMPILLO.

PROFECÍA.

Á MI AMIGO

D. DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Al dulce halago de ligera brisa,
Lanzé en la cuna mi primer vagido;
Y de mis labios la infantil sonrisa
Heló flébil quejido.

De este augurio fatal que en sí atesora
Verdad tan triste, me olvidé imprudente,
Pues tras la nube que enturbó mi aurora,
El sol brilló esplendente.

Y contemplé á través de sus reflejos
Campiñas de mil flores esmaltadas,
Y colinas y valles vi á lo lejos,
Y fuentes y cascadas.

De los bosques perdime en la espesura,
Donde encontré arroyuelos bulldores,
Deslizándose en lechos de verdura
Cantando sus amores.

Subió el sol al zenit magestuoso
Bañando con su luz la verde alfombra,
Y las ramas del álamo frondoso
Prestáronme su sombra.

Allí escuché dulcísima armonía,
Las aves me arrullaron con su canto,
Y ví estenderse tras el claro día
La noche con su manto.

Yo era feliz, mi venturosa estrella
Reflejaba su luz en lontananza;
Pero pasó mi juventud... con ella
Las horas de bonanza.

De mi niñez los fúlgidos albores
Miré estinguirse con dolor profundo;
Y se trocó el vergel de mis amores,
En páramo infecundo.

Sentí mis ojos anegarse en llanto,
Opreso el corazon de angustia impía,
Quise cantar,... pero mi pobre canto
Fue el ¡ay! de la agonía.

No era ya el incansable viajero
Que avanzaba orgulloso en su camino;
De la existencia atravesé el sendero
Errante peregrino.

Busqué la paz y me asedió la guerra,
Y solitaria el alma en su amargura,
Recorrí la estension que el orbe encierra
Envuelto en noche oscura.

Y así como en la sombra tenebrosa
Buscan las aves su perdida calma,
Y cierra el cáliz purpurina rosa,
El suyo cerró el alma.

¿Qué se hizo del límpido arroyuelo
Que esparcía sus linfas cristalinas?
¡Fué convertido en quebradizo hielo,
Las flores en espinas!

Densas sombras velaron mi horizonte;
El valle atravesé con planta leve,
Y hallé la cumbre del enhiesto monte
Cubierta por la nieve.

Falto de aliento, y en mortal desmayo,
Alzé la frente y me postré de hinojos,
Busqué la luz del sol, su ardiente rayo
Cegó la de mis ojos.

Al ver la copa del dolor tan llena,
Temiéndola verter busqué la calma,
Y una ingrata beldad, con faz serena,
La derramó en mi alma.

Sin esperanza ya, mi mano inerte
Otra buscó para estrechar la mía:
¡Ay infeliz del que en la adversa suerte
En la amistad confía!

Las flores me negaron su fragancia,
Los bosques su murmurio lisonjero,
Y en el rincón de mi ignorada estancia
Vivía prisionero.

Testigo solo de mi Eden perdido,
Fue un ruiseñor, que entre doradas rejas,
Dejaba resonar triste en mi oído
Sus doloridas quejas.

En medio de mis dichas mundanales
No oí sus ayes que piedad imploran,
¡Tal es la condición de los mortales,
Gozar cuando otros lloran.

Pero el dolor mi pecho laceraba,
Y al herirme sus dientes acerados,
De aquella ave sencilla yo escuchaba
Los trinos regalados.

Cuyas notas sublimes daba al viento,
Creyéndose perdido entre el ramaje;
Y llegué á comprender con gran contento
Su armónico lenguaje.

Si me abismaba en mi pesar profundo,
Convertía sus trinos en caricias;
Y era aquel risueño solo en el mundo,
Mi encanto y mis delicias.

En su noble cariño confiado,
Le franqué de la prision la puerta:
Y una mañana desperté azorado...
Su cárcel vi desierta....!

¡Maldito sea quien su suerte aduna
Con otro ser, y olvida sus pesares!
¿No ve infeliz que arroja su fortuna
En medio de los mares?

Des que perdí á mi ingrato compañero,
No vislumbre ni un rayo en lontananza;
Bosques y valles recorri ligero,
¡Inútil esperanza!

Pero al cruzar de un monte la ladera,
Vi un ave reposando entre las flores,
¡Era mi ruiseñor, que en la pradera
Cantaba sus amores!

Hacia él mis brazos extendí al momento,
Y un acento escuché:—«¿Por qué si al cabo
Respiro libre en la región del viento,
Me sigues pobre esclavo?»

Me comparé con él, ¡vana locura!
Gozaba libertad... mas no de calma;
Que era el cuerpo infeliz cárcel oscura,
Do estaba presa el alma!

Imploré su piedad, su amante celo,
Seguí tras él, pero... ¡insensata lucha!
Pues contestóme al remontar su vuelo,
«Cesa en tu afán y escucha:

Ornan tu cuerpo mundanales pompas
Y ambicionas la paz; eso no es dable;
Tú no serás feliz mientras no rompas,
Tu cárcel miserable.»

¡Señor, piedad! de mi dolor profundo,
Confío en vos que me otorgueis la palma,
¡Cuándo será que libre de este mundo
Vuele á tu seno el alma?

LUIS FABRA Y CAVERO.

PLEGARIA.

¡Oh Madre amorosa
Del Dios sacrosanto,
Que enjugas el llanto,
Que ahuyentas el mal:
Escucha, Señora,
Benigna el acento
Que en alas del viento
Te envía un mortal!

Tú que eres del mundo
La paz bienhechora;
Tú que eres, Señora,
La flor del Eden;
Tú que alzas la mente
Del hombre á la altura,
Su planta insegura
Guiando hácia el bien.

Tú que haces en flores
Trocar los abrojos,
En paz los enojos,
En calma el dolor;
Que al triste doliente
Que amor nunca alcanza,
Le das la esperanza
De un cielo de amor.

De un huérfano triste
Que el trémulo paso
Dirige al acaso,
Sin ver dónde va,
Contempla, Señora,
Su errante existencia,
Su corta experiencia,
Su cruel soledad.

En llanto anegado
Recuerdo, Señora,
De un tiempo la aurora
Feliz, que se huyó.
Y ageno á los dulces
Halagos de un padre,
Recuerdo á la madre
Que tanto me amó.

Aun suena armonioso,
Señora, en mi oído,
Su acento querido,
Su voz maternal;
Aun vive en mi mente
Con fuego grabada,
Su imagen sagrada
De amor celestial.

Aun siento en mis labios
Los suyos impresos,
Y aun creo sus besos
Amantes oír;
Y el alma, al recuerdo
De tanta ventura,
Su lenta amargura
Presume extinguir.

Mas luego volviendo
Del dulce letargo,
Mas hondo y amargo
Se agita el dolor;
Así cual se agita
Tras día sereno,
Horrisono el trueno
Con fuerza mayor.

Señora del cielo,
Del mundo balanza,
Del hombre esperanza,
Del bien ideal;
Escucha benigna
Del alma el acento,
Que en alas del viento
Te envía un mortal.

Acoge amorosa,
Mi súplica triste,
Y el alma reviste
De fe y de ilusión;
Y el llanto que vierta,
Señora, en mi duelo,
Que torne en consuelo
Mi triste aflicción.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNÓZ.

(Continuacion.)

Las bendiciones del cielo descendían como una lluvia de oro sobre los campos y las frentes venerables de aquellos labradores. Dios remuneraba sus buenas acciones concediéndoles ciento por uno.

El mayor de los hijos se llamaba Roman. Era un joven de veintitres años, ágil, robusto, de alta estatura y de agradable presencia. Ninguno le aventajaba en la carrera, ni en lanzar á mayor distancia una barra de hierro, ni podía vencerlo en el juego de la pelota. Solo un joven que se llamaba Santiago y que era su mas íntimo y querido amigo, rivalizaba con él en esos ejercicios que vigorizan el cuerpo y sustraen la mente de pensamientos ociosos.

Roman y Santiago eran inseparables; se habían criado juntos hasta la edad de diez y seis años, época en que el segundo tuvo que hacer un viaje á Cataluña para recoger cierta herencia que le había dejado un tío suyo. Santiago permaneció en Barcelona cinco años, durante los cuales perfeccionó su educación y adquirió ciertos hábitos de buena sociedad. Después fue á París con objeto de ver esta gran ciudad; y al cabo volvió á establecerse en el pueblo. Cuando esto sucedió, Santiago estaba desconocido. Su trage, sus ademanes, su modo de expresarse se diferenciaban ya en mucho de la natural rudeza que tenía Roman, el cual no había salido jamás de su país. Esto no impidió, sin embargo, que ambos jóvenes volvieran á unirse y á quererse fraternalmente. Si antes habían sido inseparables después lo fueron mucho mas.

Pero el enemigo malo se mostró envidioso de la felicidad de los dos antiguos camaradas. Ambos pusieron sus ojos al mismo tiempo en una joven de espléndida y soberana hermosura, cuyo origen bastardo no era un misterio para nadie. Roman y Santiago habían ido apasionándose de ella sin darse cuenta á sí mismos del estado alarmante de su corazón. Como el amor que nace y se sustenta con la íntima proximidad del objeto amado, suele permanecer indeciso y oculto hasta que las contrariedades le ponen en evidencia, sucedió que ambos amigos, acostumbrados como estaban á ver todos los días y á cada instante al objeto de su entrañable culto, pudieron muy bien confundir y desconocer sus afectos, hasta el punto de no considerarse rivales, sin embargo de que eran ciegos adoradores de un mismo ídolo, á quien habían ofrecido en holocausto, su corazón y su libertad.

De todas maneras, las escursiones y los largos paseos que ambos daban juntos y con tanta frecuencia, se fueron haciendo mas raros y mas intercadentes. Santiago esquivó alguna vez la compañía de su querido Roman con el solo objeto de visitar á la joven cuya presencia le era tan grata y tan anhelada. Y como Roman hacia otro tanto, aunque sin intencion de ofender á su amigo, sucedía en muchas ocasiones que faltando ambos á la cita de costumbre, corrían puntualmente á reunirse en casa de Celsa. (Este era el nombre de la muchacha.)

Una vez allí, los dos jóvenes hablaban con ella de mil cosas tan alegres como pueriles, y hasta solían ir juntos los tres á dar un paseo por los pequeños huertos vecinos. A la caída de la tarde, uno y otro, es decir, Roman y Santiago, se retiraban asidos del brazo hablando de ella como si lo hiciesen de una hermana querida de ambos. La envidia, los celos eran todavía plantas exóticas para sus corazones rectos y generosos.

Nada os he dicho todavía del objeto que daba origen á sus desvelos, y voy á ver si puedo describirosle acercándome á la verdad. Celsa, la hermosa Celsa, era una gentil doncella de diez y siete á diez y ocho años, cuyo conjunto armónico y perfectamente acabado hubiera podido servir de modelo al mas exigente y concienzudo escultor. Las formas esbeltas y elegantes de su cuerpo, lo airoso de su talle, su ebúrneo seno y sus hombros redondos, blancos y torneados, hubieran causado envidia á las mejores estátuas del mundo y á las deidades fabulosas de la mitología, si éstas hubiesen existido y aquellas hubieran tenido inteligencia y razon para sentir y juzgar.

Pero lo que mas admiraba en aquella jóven eran los gallardos contornos de su cabeza, digna por su graciosa esbeldéz de ostentar la corona de la hermosura. Figuraos que su rostro era un óvalo perfecto, su nariz recta y bien configurada, su boca pequeña, sus ojos rasgados, brillantes y espresivos, sus cejas delineadas con precision, y destacándose en delicada curvatura; figuraos, repito, que su frente tersa y espaciosa se alzaba magestuosamente, que su garganta parecia de marfil labrado á torno, y que sus cabellos de color de azabache se rizaban enderredor de sus sienes, y caían en abultadas trenzas ó en hermosos bucles sobre sus hombros y sus espaldas; haceos, digo, todas estas suposiciones, y sin embargo, no habreis formado una idea exacta de aquella beldad que en nada pondero. Era necesario ver la chispeante mirada de sus negros ojos, la seductora sonrisa de sus lábios y la espresion animada de aquel alabastro rostro para formar un retrato de la que en vano os pretendo bosquejar.

Celsa, como todas las mugeres que se hallan en su caso, tenia la conciencia de su propia hermosura y solia estimarla, por mas que procurase aparentar lo contrario. Vestia con suma naturalidad, y su traje se diferenciaba no obstante de los que usaban sus amigas y compañeras. Respecto á su tocado, en vez de seguir las laboriosas exigencias de la moda y de imitar á nadie, solia llevarle á su capricho, ya colocando una flor sobre sus abundosos cabellos, ó ya escogiendo un adorno sencillo y elegante. De este modo, su belleza se hacia mucho mas peregrina y seductora. ¡Ojalá que su alma hubiese estado en armonía con su cuerpo!

Creo haber indicado antes que esta jóven tenia un origen bastardo. Todo el mundo, sabia que la muger del albeitar de aquel pueblo habia residido en Zaragoza, y que una vez recibió en esta ciudad el encargo de consagrar sus cuidados á la crianza y educacion de Celsa, mediante una pequeña retribucion que le seria satisfecha puntualmente todos los años. Así sucedió en efecto, y los padres adoptivos de la jóven que se retiraron al valle y al pueblo en que residian las familias de Roman y de Santiago, creyeron que no tenian necesidad de ocultar los pormenores que dejo apuntados. Lo único que jamás quisieron ó pudieron declarar, porque acaso no lo sabian, eran los nombres, calidad y circunstancias

UNO DE TANTOS.



Demos al cuerpo un poco de descanso:
Comer, beber, dormir, vivir contento,
No saber nada, eso es tener talento.
¡Y aun hay amigos que me llaman ganso!

de los padres de aquella pequeña niña, puesta, Dios sabe hasta cuándo, bajo su inmediata custodia.

Todos los años y casi siempre en una misma época, solia llegar al pueblo un hombre de edad provecta y rostro bondadoso, que despues de preguntar por la salud de la niña y de estampar un ósculo en su frente virginal, solia encerrarse con el veterinario dándole algunas ligeras instrucciones y una pequeña bolsa con unas cuantas monedas de oro. La pension no era para enriquecer á nadie.

Pero los padres adoptivos de Celsa estaban encantados, más cada dia, de la angelical hermosura de su pupila que, sin saber cómo, se iba desarrollando de una manera maravillosa. Tenian cifrado todo su orgullo en aquel rico tesoro y no lo hubieran cambiado por todos los que la tierra y los mares ocultan en su seno.

Si el esceseivo y exagerado cariño que la profesaban fue ó no bastante para torcer y malar su innata condicion, cosa es que no me atreveré á decidirla. La hermosa doncella se convirtió poco á poco en muger, y nadie, absolutamente nadie, le fue á la mano en sus gustos é inclinaciones. Primeramente se mostró veleidosa y antojadiza. Despues la altanería, la ambicion y el orgullo ayasallaron por completo su alma, siendo causa de las desgracias que mas tarde acarreó sobre ella misma y sobre aquellos que la amaban con todo su corazon.

Pero no adelantemos los sucesos. Momento vendrá en que al oír su relato llegueis á conmoveros y á sentir lástima y espanto á la vez.

Roman y Santiago estaban ciegos de amor y apenas conocian los defectos de la jóven. Parecía que la frivolidad y la inconsecuencia de que adolecia, eran motivadas por la natural viveza de sus pocos años. Respecto al orgullo que ya se hallaba impreso sobre su frente altanera, lo creían tan legítimo que apenas les chocaba. ¿Cómo no habia de estar orgullosa de sí misma cuando ellos lo estaban con solo contemplarla y quererla?

El tiempo se pasaba entré tanto: los dias, las semanas y los meses trascurrian para nuestros jóvenes con tanta velocidad que apenas notaban, segun llevo dicho, el fuego que el amor encendia en sus corazones. Particular-

mente Roman, sentia dentro del suyo la inmensa hoguera que mas tarde le habia de devorar y consumir.

»Por las noches volvia el pobre mozo á su casa, donde sus padres sentados al amor de la lumbre y rodeados de sus otros hijos, solian dirigirle inquietas miradas y alguna que otra pregunta. ¿Qué tienes, hijo? le decia su madre con la mas viva solicitud; y como él callaba casi siempre, todos se entristecian y á su vez guardaban silencio.

De este modo comenzó á desbaratarse la felicidad de aquella familia. Siempre ha sido la tristeza ocasionada al contagio, y en aquella ocasion lo fue de una manera demasiado cumplida. No hay que decir que la madre de Roman fue la primera que se contagió.

Hubo un dia, sin embargo, en que las frentes de los individuos de aquella familia parecieron iluminarse como por encanto por un rayo espléndido de esperanza y de completa ventura. La buena Marta, que así se llamaba la madre de Roman, logró poner los dedos en la llaga de su hijo, adivinando y haciéndole comprender que estaba enamorado de Celsa. Una vez conseguido, convinieron en que era indispensable pedir con toda solemnidad la mano de la jóven, quien indudablemente no tendria reparo en admitir por esposo al arrogante mancebo. Marta, con el orgullo de todas las madres, juró y perjuró que Roman era digno de una reina, que ninguna muger por necia y caprichosa que fuese, tendria el malditísimo gusto de negarle su amorosa correspondencia, y que por lo tanto podia contarse desde luego con la completa aquiescencia de la jóven, detrás de la cual vendria todo lo demás que se deseaba.

Discutido este punto, se trató de los bienes que Roman podia ofrecer á la novia. No eran muchos, pero esto estaba compensado con el desinterés que demostraban aquellas buenas almas, resueltas á exigir que la jóven solo trajese al matrimonio la ropa que tuviese puesta en el acto de ser conducida al altar.

Se dejó para lo último la eleccion del dia en que los padres de Roman debian pasar á casa del veterinario para demandarle la mano de Celsa. Era un jueves por la noche y se acordó diferirlo para el próximo domingo. Roman debia abstenerse de ir á casa de su amada para evitar que sus ojos revelasen los proyectos felices que atesoraba su corazon.

Lo que este pobre corazon debió sufrir durante aquellas horas eternas, no es fácil explicarlo. Roman tenia fiebre, su espíritu batallaba de continuo entre la esperanza y el desaliento, que traian en pos de sí un cúmulo infinito de alegrías ó de negros pesares. Su impaciencia no conocia límites, y á pesar de esto temia que llegase el domingo.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.